

esos espíritus bienaventurados presentan al Señor, no solo las oraciones y las lágrimas de los individuos en particular, sino tambien que se interesan por las provincias y los reinos (*Dan. x, 12*). Así es que está llena de testimonios que autorizan la invocacion que les hacemos. Jacob pidió al ángel, con quien habia luchado, que le bendijera (*Gen. xxxii, 26*): y hasta le obligó á ello, protestándole que no le dejaria ir sin que antes hubiese recibido su bendicion. Y no solo invocó á este ángel á quien veia, sino tambien á otro al que no veia, como se desprende de estas palabras que dirigió á los hijos de José (*Gen. xlviii, 16*): Proteja y bendiga á esos niños el ángel que me libró de todo mal: *Angelus, qui eripuit me de cunctis malis, benedicat pueris istis*. Y en vista de ello, ¿qué no debemos esperar nosotros del socorro de nuestros ángeles de la guarda? ¡qué intercesion mas poderosa! ¡y con qué confianza no debemos implorar su asistencia!

Nosotros debemos acudir á nuestros ángeles custodios en todas nuestras necesidades, principalmente por la mañana y á la noche todos los dias, y en dos ocasiones particulares, la primera de las cuales es cuando deliberamos ó queremos emprender algun asunto importante en el cual tenemos necesidad de consejo y de asistencia. Pidamos á nuestro buen ángel que nos guie en este asunto, de manera que no lo emprendamos si no es conforme á la voluntad de Dios, para su servicio y nuestra salvacion, y que nos asista para concluirlo felizmente. Este medio es muy eficaz para que tengan un buen efecto nuestras oraciones, y para atraer la bendicion del cielo sobre todas nuestras empresas. Es imposible que dejen de tener un feliz suceso teniendo tan buen conductor, que es á un mismo tiempo muy fiel, muy poderoso y sumamente sabio. La segunda ocasion es cuando nos vemos atacados de alguna tentacion, y expuestos al peligro de ofender á Dios. Cuando viereis, dice san Bernardo, que os amenaza de cerca una grande tentacion, ó que se acerca una grande tribulacion, invocad á vuestro custodio, á vuestro guia, á aquel que os socorre con oportunidad en vuestras necesidades. En una palabra, encomendaos á él todos los dias de vuestra vida: rogadle que vele sin cesar sobre vuestra conducta: sed dóciles y fieles en seguir las santas inspiraciones que él os sugiere: pedidle que os preserve de los males de esta vida, y en especial del pecado que es el mayor de los males, y que por fin os conduzca á la vida eterna. AMEN.

PLÁTICA XX.

DEVOCION Á LOS SANTOS PATRONOS.

Sancti estote, quia ego sanctus sum.

Sed santos, porque yo soy santo. (*Levit. xix. 2.*)

Si, hermanos míos, es al hombre mismo, á quien Dios manda que sea santo: pero ¡qué elocuente es ese mismo hombre para exagerar las dificultades y los obstáculos que halla en el camino de la santidad á fin de hacer de ellos otros tantos pretextos para su cobardía criminal! Él pinta de una manera viva su flaqueza, sus obligaciones, sus hábitos inveterados, su temperamento, su natural: de esta santidad que se le ordena, se forma una idea como de una cosa impracticable, y que es enteramente superior á sus fuerzas. Pero, callaos, flaqueza humana, dificultades supuestas, excusas frivolas; desapareced hoy en vista de la gloria y del ejemplo del bienaventurado N. que la Iglesia pone delante de vuestros ojos. Nosotros debemos trabajar para hacernos santos: á ello nos anima la gloria que disfruta en los cielos. Nosotros podemos llegar á ser santos, por mas dificultades que se encuentren en esta empresa: su ejemplo nos lo persuade. Contemplad pues ese ejemplo, hermanos míos, pero seguidlo al mismo tiempo: combatid como vuestro santo Patrono, si quereis tener parte en su corona y en sus recompensas. Espectáculos gloriosos, santos ejemplos, ¿qué impresion no deberiais hacer sobre nuestros espíritus? Pero mi designio no es, hermanos míos, exponer á vuestra vista en el dia de hoy las virtudes particulares de vuestro santo Patrono. Quiero únicamente incitaros á no descuidar nada para disponeros á solemnizar santamente su fiesta: pretendo limitarme á hablaros en general de la devocion á los santos Patronos, á fin de que, instruidos de vuestras obligaciones sobre esta im-

portante materia, os esforceis á cumplirlas, y merezcáis por este medio su proteccion.

Es práctica de la Iglesia dar á los fieles en el bautismo el nombre de un santo, á fin de que el nuevo bautizado le tome por modelo y protector delante de Dios. Nosotros no debemos dudar que esos santos Patronos se interesan viva y particularmente por aquellos que ponen la confianza en su proteccion, y piden á Dios por la intercesion de ellos las gracias que les son necesarias para su eterna salud. Ellos son nuestros hermanos mayores que reinan ya en una paz eterna: ellos son nuestros tutores, nuestros defensores, los cuales, en la alta felicidad á que han llegado, no desean otra cosa que ver multiplicar todos los dias los imitadores de sus virtudes y los compañeros de su gloria. Mientras que nosotros nos hallamos en el combate acá en el mundo, ellos ruegan sin cesar á Dios por nosotros y le piden los socorros que nos son necesarios para ganar gloriosas victorias sobre los enemigos de nuestra salvacion. Ellos murieron en la caridad. Sobre la tierra amaban, no solo á sus amigos, sino tambien á sus enemigos segun las máximas del Evangelio; y en el cielo tienen una caridad mucho mas perfecta. Y siendo así, ¿qué no harán por sus amigos, por aquellos que los invocan con confianza?

Aquellos que pretenden, que la proteccion y los socorros de los santos Patronos son inútiles, porque Dios oye por sí mismo nuestras oraciones sin que necesite de intérprete para hacérselas conocer, estos tales están en un error que los libros santos condenan formalmente. Con efecto, la Escritura, segun observa san Agustin, nos dice, que repetidas veces no concede Dios muchas cosas á los hombres sino despues de habérselo rogado sus servidores que hacen en tales casos el oficio de mediadores y de intercesores cerca de él. Ejemplos tenemos de ello en Abimelech y en los amigos de Job (*Gen. xx, 7. Job. xlii, 8*), á quienes Dios no perdonó sus pecados sino á ruegos de Abrahan y del santo hombre Job. Y si se objeta que es un indicio de que no se tiene fe, ó á lo menos que es muy débil, cuando se acude á la intercesion de los Santos, ¿qué podrá responderse al ejemplo del Centurion en el Evangelio, cuya fe alaba Jesucristo por sí mismo de una manera tan particular, aun que aquel hombre le hubiese enviado algunos senadores de los judíos para suplicarle que curase á su criado que estaba enfermo?

Asi pues, aunque sea cierto, como lo hemos observado al explicar el primer mandamiento de la ley, que no tenemos mas que un solo mediador, que es nuestro Señor Jesucristo, quien, y no otro, nos reconcilió con su Padre por medio de su sangre, y habiendo entrado una vez en el santuario, y obtenido por nosotros una redencion eterna, no cesa de interceder por nosotros: sin embargo no se sigue que no sea permitido acudir á los méritos de los Santos. Jesucristo solo es mediador de poder y de redencion; pero los Santos son mediadores de gracia y de intercesion. Ellos ruegan en nombre de Jesucristo; ellos no tienen ningun mérito que no dependa de los méritos de Jesucristo; no tienen acceso al tronco de la gracia sino por Jesucristo; y si son atendidos en sus peticiones, es por la amistad que Dios les tiene: en vez de que Jesucristo es oido á causa del respeto y de la veneracion que Dios tiene por él (*Hebr. v, 7*): *Exauditus est pro sua reverentia*. Pero todo esto no impide, que los Santos tengan grande poder cerca de Dios, aunque no lo ejerzan sino por los méritos de Jesucristo: porque, si con motivo de no tener mas abogado que Jesucristo, no nos fuese permitido invocar el socorro de los Santos, ¿habria deseado san Pablo con tanto ardor (*Philipp. 1, 19*) ser asistido delante de Dios de las oraciones de los santos de su tiempo, puesto que las oraciones de los santos de este mundo no disminuirian menos la gloria de Jesucristo nuestro mediador, que las de los bienaventurados?

Pero en vano celebraríamos nosotros los triunfos de nuestros santos Patronos, en vano confiaríamos en el crédito que tienen ellos delante de Dios, si no practicáramos lo que solemnizamos, y si no hiciéramos de nuestro culto la regla de nuestra vida. Nuestros santos Patronos son nuestros modelos: si sus ejemplos no nos animan, ellos mismos nos condenarán. Por lo que, así como la vista de la gloria los ha desasido de la tierra, así tambien es preciso que obre ella el mismo efecto en nosotros. Ya que la fe de la inmortalidad los ha conducido á la santidad, es menester que nosotros lleguemos á ella por la misma via. Dios no exige de nosotros menos perfeccion de la que pidió á ellos. El Hijo de Dios no hablaba solamente á religiosos, sino á todos los cristianos, cuando los exhortaba á que fueran perfectos (*Matth. v, 48*). Por cierto que no escribia á religiosos san Pablo cuando decia (*I Cor. vii, 30*), que aquellos que poseen bienes, estén tan desprendidos de ellos como si no los poseyeran; que aquellos que viven en el matrimonio, vivan con el mismo desasimiento que si no estuvieran casados; y que aquellos que

usan del mundo, hagan como si no usaran de él.

Con los ejemplos de los Padres de la ley antigua excitaba san Pablo á los primeros cristianos á la práctica de las virtudes, con las cuales se habian santificado aquellos santos personajes. Él les ponía á la vista todos los justos del antiguo Testamento: aquellos justos, escondidos dentro de las cavernas (*Hebr. xi, 58*), errantes en las soledades: aquellos justos, extenuados por los ayunos, cargados de penitencias: aquellos justos, acusados, calumniados: aquellos justos por fin, de quienes el mundo no era digno. ¿Acaso no puedo, hermanos míos, dirigiros hoy día las mismas palabras? ¿Y qué puede ahora reteneros? Fortificados con el ejemplo de vuestros santos Patronos, ¿porqué no correis por la carrera que teneis abierta? Y supuesto que sois los herederos, los descendientes de los Santos, ¿quién tiene la culpa de que no seais santos como ellos, y no sigais las pisadas que esos santos guías os han dejado? ¿Os figuraríais tal vez, que su santidad ha sido efecto de su fortuna, y no de su valor? ¡Ah! sabed que no se hallan en el número de los bienaventurados sino porque vivieron santamente, y que les costó mucho el ser santos. Ellos tuvieron que vencer los mismos obstáculos que teneis vosotros; vosotros teneis los mismos medios que tuvieron ellos, y aspirais á la misma recompensa. Ellos tuvieron que vencer los mismos obstáculos que teneis vosotros; y si los vencieron, no podeis vosotros alegar la imposibilidad para excusaros de ser santos. Si teneis para santificaros los mismos medios que tuvieron ellos, tampoco podeis alegar una dificultad muy grande. Pero cuando las dificultades fueran aun mayores, toda vez que aspirais á la misma recompensa de vuestros santos Patronos, debeis tener el mismo valor para vencerlas, ó si no, renunciar á esta esperanza.

Elias, dice la Escritura (*Jacob. v, 17*), era un hombre sujeto á las mismas flaquezas que nosotros. Los Santos, por haber sido santos, no han sido impecables: ellos han tenido debilidades, defectos y pasiones como nosotros, y todo esto contribuyó á su santidad. Pero si tuvieron debilidades, supieron hacerse superiores á ellas: si tuvieron pasiones, las combatieron y las vencieron: si tuvieron defectos, los corrigieron, y así se hicieron santos. Y nosotros, ¿qué es lo que podemos alegar para dispensarnos de trabajar por nuestra santificacion? ¿Seria acaso nuestro temperamento? Lo tenemos mas pronto que Pedro, mas violento que Pablo? Pues ellos hicieron servir este temperamento á su santidad. ¿Seria la sensibilidad de nuestro corazon? ¿Quién lo tuvo nunca mas tierno que Maria Mag-

dalena? Ella supo volverlo hácia la parte del Criador. ¿Seria la fuerza de nuestros malos hábitos? ¿Quién los tuvo mas fuertes y mas inveterados que san Agustin? Sin embargo él los venció con el socorro de la gracia. ¿Seria, por fin, nuestra condicion, nuestro estado, nuestros empleos, nuestra edad, nuestro sexo? ¿No está lleno el cielo de personas de la misma condicion, del mismo estado, de la misma edad, del mismo sexo? Todos esos santos personajes que veneramos, ¿tenian ellos una naturaleza diferente de la nuestra? ¿Era por ventura su fuerza la fuerza de las piedras, ó era de bronce su carne, segun expresion de Job (*Job. vi, 12*), ó estaba en ellos esa carne perfectamente sujeta al espíritu? ¿No llevaban ellos en su corazon una pésima inclinacion al deleite, y habia consumido en ellos la gracia ese fondo de concupiscencia y de flaqueza que la prevaricacion de Adán ha hecho comun á toda su posteridad? No por cierto, hermanos míos. ¿Por qué pues no podríais vosotros con los socorros de la gracia llegar á ser fuertes como ellos? ¿por qué no podríais hacer lo que han hecho tantos otros?

¿Diréis por ventura, que para santificaros no teneis los mismos medios que tuvieron los Santos? ¿Y os atreveríais á sostenerlo sin desmentir el testimonio de vuestra conciencia? ¿No servís al mismo Señor, á quien ellos sirvieron? Y ese Señor, ¿es menos bueno, menos poderoso, menos generoso de lo que era antes? ¿Debeis por lo tanto tener menos confianza en sus auxilios? ¿Debeis servirle con menos ardor? ¿No teneis al mismo Salvador? ¿Merece menos vuestro amor? ¿No teneis al mismo Evangelio? ¿Deja de ser él vuestra regla? Esa regla ¿es mas difícil de seguir de lo que lo era en tiempo de ellos? ¿Tiene ese Evangelio menos luces para iluminaros? ¿No teneis los mismos sacramentos? ¿Tiene menos fuerza para santificaros la virtud de la sangre de Jesucristo que está encerrada en ellos? Las gracias, que son el precio de esta sangre, ¿tienen menos eficacia para mover vuestro corazon, para convertirlos? ¿De que proviene, pues, que los mismos medios no producen en vosotros los mismos efectos? Es que no teneis las mismas disposiciones; es que no haceis ningun caso de estos medios; es que abusais de ellos; es que de estos medios de salud haceis las mas de las veces obstáculos á vuestra salud por el mal uso que haceis de ellos.

Si los santos Patronos son nuestros modelos y nuestras guías, son tambien nuestros abogados, porque ruegan é interceden por nosotros cerca de Dios. Ellos ruegan aun con mas fervor por nosotros, de lo que podríamos hacerlo nosotros mismos. Nuestros santos Patronos

en particular, ruegan por nosotros de una manera que indicaria hasta desasosiego, si el estado de su gloria los hiciera capaces de afligirse de nuestras miserias, estando, como dice san Cipriano, tristes y sollicitos con respecto á nuestra inmortalidad, por mas que estén seguros de la suya, *de sua immortalitate securi, de nostra solliciti*.

Ya que los santos Patronos se interesan tanto por nosotros, es muy justo que nosotros los honremos, los invoquemos y celebremos santamente sus festividades. 1.º Para concebir una idea del honor que es debido á los Santos en general, y sobre todo á nuestros santos Patronos y protectores en particular, es preciso considerar el honor que el mismo Dios les hace, habiéndolos predestinado desde la eternidad á una corona de gloria, á un reino eterno como fruto de sus victorias y combates, á una gloriosa comunicacion con los ángeles, á una perfecta conformidad con Jesucristo, á una clara vision de la divinidad, y á una posesion eterna de la luz divina. ¿Para quien pues seria hecho el honor? ¿A quien seria debido si no fuera el premio de la virtud y del verdadero mérito? Y si los Santos, viviendo sobre la tierra, merecian que se tuviese respeto á sus virtudes y se los honrase, ¿porqué se les negaria ese honor, ahora que están en el cielo, para siempre confirmados en el bien, y poseedores de una corona incorruptible?

2.º Para celebrar santamente sus festividades, es preciso abstenerse de las diversiones profanas, y aplicarse á las obras de piedad y religion. Es preciso confesarlo con mengua de nuestra Religion: en el siglo desgraciado en que vivimos, la mayor parte de los cristianos no conocen ni distinguen los dias de fiesta, y en especial las festividades de los santos Patronos, si no es por los excesos, los juegos, las danzas, las diversiones profanas, y las partidas de placer. El libertinaje, autorizado por la costumbre, se ha hecho tan universal, que puede decirse de estos santos dias consagrados á la piedad y á la devocion, que á menudo se cometen en ellos mas desórdenes que en todas las demás épocas del año. San Juan Crisóstomo no ha tenido reparo en afirmar, que los profanadores de nuestras fiestas y de nuestras solemnidades no son menos culpables que aquellos que saquean ó despojan las iglesias de Dios con un atentado sacrilego: porque estos profanan bienes consagrados al culto del Señor, y aquellos profanan los dias que él se ha reservado, y ha querido sean consagrados á su servicio. ¿Lo oís, hermanos míos? ¿Qué juicio formabais de aquellos impíos, que en tiempos de deso-

lacion y de escándalo despojaron vuestras iglesias de los mas ricos ornamentos de que las habia dotado la piedad de nuestros antepasados, y que despues de haber robado los vasos sagrados, los hicieron servir á usos profanos? Vosotros habeis tenido sin duda horror de esos atentados, y el solo recuerdo que de ellos os queda, os hace todavia estremecer de horror, porque no podeis ignorar que las mas pequeñas cosas, que han servido para el servicio de los altares, son sagradas é inviolables. ¿Y la profanacion de los dias mas santos es menor sacrilegio? ¿Es ménos consagrado á Dios ese tiempo, que los muebles de nuestras iglesias? ¡Ah! hermanos míos! Vuestros santos Patronos, cuyas fiestas profanais, se levantarán contra vosotros el dia de las venganzas: ellos mismos serán vuestros acusadores y vuestros jueces. ¿Qué les responderéis cuando ellos os echarán en cara, que en lugar de imitar sus virtudes, os habeis encenagado en toda especie de vicios, y que honrando su memoria en la apariencia, los habeis deshonrado en realidad? ¿No ha declarado el Señor, que castigará con todo el justo rigor de su enojo esas fiestas profanas que la impiedad ha sustituido á las fiestas cristianas? Yo no sufriré, dice por su profeta (*Isai. 1, 14*), vuestras fiestas infames y vuestras reuniones criminales, y todas vuestras solemnidades me dan horror.

No quiero llevar las cosas al extremo, ni pretendo decir que no os sea permitido tener una honesta diversion en los dias de fiesta y en las solemnidades. Por mas religiosos observadores de estos santos dias que fuesen los primitivos cristianos, la historia nos enseña, que en aquellos tiempos dichosos los fieles daban señales de su regocijo, ya vistiéndose con mas decencia, ya dando banquetes, que se llamaban *agapas*, es decir, banquetes de caridad, en los que, regocijándose en el Señor, alimentaban á los pobres, teniendo en ellos tanta parte la piedad como una santa alegría. Despues de esas comidas de frugalidad y de devocion, los fieles corrian en tropel de la mesa á la iglesia, por manera que sus diversiones redoblaban su fervor. Ved sino, cómo habla de ellas Tertuliano (*Tert. apolog.*): «Al salir de nuestros banquetes no vamos á esos espectáculos, en donde no se ve mas que sangre y asesinatos.... á esas asambleas, en las que la impiedad, la detraction y la impureza triunfan de la virtud. En nuestros ejercicios, en nuestras acciones, en nuestros discursos, hasta en nuestras diversiones, no se ve mas que piedad, modestia, frugalidad, por manera que es fácil observar, que hemos tenido mas cuidado, en los banquetes que damos los dias de nues-

» tras fiestas, en nutrir nuestro espíritu con el pan de la divina palabra, que nuestro cuerpo con alimentos corporales; y que nuestras fiestas son establecidas para inspirar una santa alegría al alma, y no para suministrar al cuerpo lo que pueda satisfacer su sensualidad.»

Si los cristianos de nuestros días conocieran el espíritu de la Religión santa que tienen la dicha de profesar, y tuvieran un deseo verdadero de santificarse, no nos veríamos obligados á exhortarlos, y muchas veces inútilmente, á que frecuenten los sacramentos los días de nuestras mayores solemnidades: ellos mismos se darían bastante prisa para acudir á esas fuentes abundantes de la gracia. Pero ¡cuántos pecadores endurecidos, cuántos cristianos desidiaos, que viven tranquilos en una indiferencia criminal tocante á la recepción de los sacramentos! ¡Otros que tal vez no los reciben sino á la hora de la muerte! ¡Y cuántos se hallan en este siglo de irreligión y de blasfemia, que los desprecian y no hacen ningún caso de ellos! ¿Acaso no hemos llegado á aquellos días desgraciados, predichos en otro tiempo por el Apóstol, en que no se puede sostener ya la sana doctrina (II Tim. iv, 3 et seq.): *Erit tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt?* ¿á aquellos días, en que cada uno, corriendo á discreción de sus pasiones y de sus deseos, no quiere sino maestros agradables que halaguen sus oídos, *ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus?* ¿á aquellos días, en que se cierran los oídos á la verdad, *à veritate quidem auditum avertent?* ¿en que no se quiere mas que fábulas para dar pábulo á la imaginación, al espíritu, al corazón, *ad fabulas autem convertentur?*

¡Ah! ¡qué dolor para nosotros, cuando á costa de nuestros trabajos y de las fatigas de nuestro ministerio vemos que no sacáis ningún fruto de nuestras exhortaciones! ¡Qué amargura para nosotros, cuando observamos en vosotros espíritus indiferentes, que la vista de las verdades mas importantes no es capaz de fijar, que todo lo entienden sin entender nada! Sería preciso que un profeta os advirtiese de vuestra sordera (Is. XLII, 18): *Surdi audite.* Sería preciso, que hablándoos como á muertos, se os dirigiesen estas palabras de Ezequiel (*Ezech. xxxvii, 4*): Huesos secos, oid la palabra de Dios: *Ossa arida, audite verbum Domini.* Plegue á Dios, hermanos míos, que no seáis de este número, ó si lo sois, que salgáis hoy mismo de ese letargo funesto. Interesad en vuestra conversión al protector que tenéis en el cielo, y celebrad su fiesta de una manera que os

merezca este favor. A este fin recibid los sacramentos en honor suyo con las mas perfectas disposiciones: preparaos á ello con una verdadera conversión, una sólida mudanza, y una viva detestación de vuestros pecados. No profaneis esa solemnidad con excesos y diversiones criminales. Aplicaos por el contrario á obras de piedad y de caridad. Asistid con edificación á los divinos oficios, y no olvideis de renovar en la presencia del Señor las promesas de vuestro bautismo: porque si las cumplís exactamente, mereceréis despues de la muerte disfrutar de la gloria de vuestro santo Patrono, y ser coronados con él en la eternidad. AMEN.

PLÁTICA XXI.

PROCESIONES.

Congregavit universum Israel in Jerusalem, ut afferretur arca Dei in locum suum quem preparaverat ei.

David congregó á todo Israel en Jerusalem, para trasladar el arca de Dios al lugar propio que le tenía preparado.

(I Paralip. xv, 3.)

Fué un espectáculo bien grande y magnífico, hermanos míos, el arca de la alianza, cuando despues de haber derribado al ídolo de Dagon, derrotado el ejército de los Filisteos, fué llevada como en triunfo desde el tabernáculo de Silo hasta el que hizo levantar en Jerusalem el mas piadoso de todos los monarcas. Todo Israel aplaudió esta pomposa ceremonia con cánticos de alegría; y el mismo santo rey pareció hallarse en transportes que solo la piedad puede adecuar á la majestad del trono.

Esta marcha triunfante se había repetido mas de una vez desde el desierto hasta el Jordan, y desde el paso de este rio hasta diversos parajes de la Palestina. Antes de la conquista de esta tierra delicio-